

sus cocheros, les da consejos, les dirige re-  
proches; los espectadores se levantan, agi-  
tan sus manos, sacuden sus túnicas, pata-  
lean en sus asientos 1; se lanzan mútua-  
mente sarcasmos, injurias, golpes; el com-  
bate no es ya en la arena, lo hay tambien  
en las gradas del Circo; la lucha se hace  
algunas veces horrible; en un solo dia ¡trein-  
ta y cinco mil cadáveres! 2

El gran apologista conocia muy bien  
los espectáculos de la vieja Roma; los pin-  
tó en estas tres palabras: furor, crueldad,  
impudicia 3. Habria podido añadir: locu-  
ra, prodigalidad, idolatria.

Para aquel pueblo que no tiene nombre  
en la lengua cristiana, los cocheros llega-  
ban á ser personajes, héroes, semidioses.  
Los poetas cantaban sus victorias; los em-  
peradores, los magistrados, el pueblo en-  
tero, les decretaba coronas, les elevaba es-  
tatuas de oro y de bronce, les colmaba de  
riquezas y de honores y el mármol de sus  
tumbas repetia su gloria á las generacio-  
nes futuras 4. Hasta los caballos mismos  
participaban de estos insensatos honores.  
Para ellos habia coronas, estatuas, pese-  
bres de oro, glorias del consulado; cuando  
se debilitaban por la vejez, eran alimen-  
tados como los veteranos del ejército, á  
expensas del tesoro público, y cuando mo-  
rian les esperaba una honrosa sepultura  
en el Vaticano. 5

En el Circo, como en el anfiteatro, era  
necesario para atraer á los espectadores,  
variar los placeres. Cazas verdaderamente  
fabulosas por el número y la variedad de

1 Varr, lib. II, *De Re rustica*. Véase Bulen-  
ger *De Circus*, p. 125.—En esta obra especial se  
encuentran en gran parte los pormenores que  
preceden y que siguen.

2 Procop., *De bell. Persic.*, lib. I; Buleng.,  
p. 129 y siguientes.

3 Voluptates circi furentis, cavæ sævientis,  
scenæ lascivientis. Tertull., *De Pudicitia*.

4 Martial, *De Stat.* lib. V. cap. 26; Buleng.,  
p. 146.

5 Buleng., 148.

los animales; combates de gladiadores;  
combates de hombres y de fieras; lucha,  
pugilato, naumáquias en un mar de vi-  
no 1, todos estos espectáculos debian á su  
turno despertar sucesivamente las sensa-  
ciones de aquel pueblo envilecido. ¿Puede  
verse el lugar que presenta todos estos re-  
cuerdos, sin acordarse de Androcles, y de  
aquel leon de Africa, ménos feroz que los  
romanos? Allí tuvo lugar en el graa Cir-  
co, segun Aulo-Gelio, la escena del pobre  
esclavo expuesto á las fieras, que fué re-  
conocido y acariciado por el noble animal,  
al cual le habia arrancado una espina,  
cuando fugitivo buscaba en el desierto un  
refugio contra la crueldad de su amo.

No bastó haber prodigado el oro, la pla-  
ta, la sangre del mundo entero, para diver-  
tir al pueblo rey; era necesario todavía  
colmarlo de riquezas, á fin de darle las  
gracias por haberse dignado tomar parte  
en aquellas fiestas ruinosas; las loterías  
terminaban los juegos del Circo. Vióse su-  
cesivamente á Neron, á Tito, á Domicia-  
no, á Adriano y á otros emperadores arro-  
jar á manos llenas en la arena dados de  
madera que los hombres y las mujeres re-  
cogian y se los arrebatában unos á otros.  
Cada dado tenia una inscripcion que se-  
ñalaba un objeto que se les daba al salir  
del lugar. Suetonio va á decirnos cuál era  
su naturalza y su valor. «Durante los jue-  
gos, que duraron muchos dias, Neron man-  
daba distribuir cuotidianamente hasta mil  
*billetes* de lotería, con los cuales se ganaba  
toda especie de cosas, pájaros, víveres, tri-  
go, vestidos, oro, plata, perlas, diamantes,  
cuadros, esclavos, caballos, fieras mansas,  
navíos, casas, tierras.» 2 Lo mismo fué  
con los sucesores 3. ¡Y en compensacion  
de sus servicios, los esclavos viejos eran

1 Fortur in euripis vino plenis navales cir-  
censes exhibuisse. Lamprid. in Heliogab.

2 Sparsa et populo missalia omnium, rerum,  
tec. Suet., in Ner., c. XI.

3 Buleng., *De Venat. circi.*, p. 100 y sigts.

enviados á morir de hambre en la isla del  
Tiber!

Si los juegos del Circo eran dignos de  
la sociedad pagana, no lo eran ménos de  
los dioses á quienes ella adoraba. ¿Podria  
creerse que los espectáculos eran las fies-  
tas religiosas, las fiestas del cielo y de la  
tierra, las fiestas del universo pagano? Y  
sin embargo, así era. «El carácter religio-  
so se encuentra allí por todas partes; bas-  
ta abrir los ojos para reconocerlo. Brilla  
hasta en la disposición del edificio, teatro  
de aquella piadosa solemnidad y en los  
ejercicios que la componen. Mirad la *Spina*  
y la vereis cubierta de monumentos religio-  
sios; las *Carceres*, cuyo número duo-  
decimal, os recuerda los doce signos del  
zodiaco. Los Delfines y los Huevos de  
madera 1, con que están coronadas las co-  
lumnas que trazan la carrera, hacen rela-  
cion al culto de Neptuno ó Conso, y al de  
los dioses de los corredores y de los lucha-  
dores, Castor y Pollux, los dos nacidos de  
un huevo. Los cocheros, vestidos de cuatro  
colores diferentes, representan las cuatro  
estaciones del año. Estos salen de las doce  
*Carceres*, así como el año pasa por los do-  
ce signos del zodiaco; y las veinticuatro  
carreras que ejecutan, son las veinticuatro  
horas del dia y de la noche. Muchos otros  
pormenores tienen una relacion no ménos  
sagrada con los misterios de la naturaleza.  
Los *Bigas*, tirados por dos caballos, uno  
blanco y otro negro, recuerdan la carrera  
variada de la luna, que la hace tanto de  
dia como de noche. Los *Cuádrigas* son  
una imitacion del curso de Febo; los caba-  
llos de mano, sobre los cuales anuncian  
los ministros del Circo las carreras, figu-  
ran á Lucifer que anuncia el dia. Pluton  
preside á los *Trigás* y Júpiter á los *Séju-  
gas*» 2

1 Columnas en forma de huevos ó de cipres.

2 Cassiod., *Variur.*, III, 51; *Roma en el sí-  
glo de Augusto*, t. II, 232.

Así la idolatría corria desbordándose en  
los juegos del Circo. ¿Debe uno admirarse  
de que los Padres de la Iglesia hayan ha-  
blado enérgicamente tantas veces contra  
estas diversiones? Despues de haber du-  
rado la fiesta muchos dias y muchas no-  
ches sin interrupcion, acababa como habia  
empezado. Largo tiempo despues de ha-  
ber dejado el sol el horizonte, millares de  
antorchas venian á iluminar aquella in-  
mensa muchedumbre que salia pen osamen-  
te de los pórticos y á preceder la procesion  
sagrada que llevaba á sus templos las es-  
tatuas de los dioses que habian santificado  
con su presencia los espectáculos 1.

Cuando de pié, en los mismos lugares  
que fueron teatro de esos espectáculos, se  
han repasado en la memoria aquellas de-  
masiado culpables locuras, se apodera del  
corazon un gran desaliento; el alma can-  
sada ya, busca un asilo solitario en donde  
pueda desahogar sin temor los sentimien-  
tos que la oprimen. ¡Qué felicidad para  
nosotras el ver allí cerca un santuario de  
la Santísima Virgen! Entramos en él; era  
Santa María *in Cosmedin*. Esta iglesia  
está dedicada á la dulce *Reina del mundo*  
y se levanta no léjos del Circo, como para  
calmar al viajero espantado de sus pro-  
pios recuerdos, haciéndole ver, que la hu-  
manidad vive bajo otra ley, y pasa por  
ser la segunda iglesia de Roma, consagra-  
da á la Madre de Dios. Se cree que fué  
edificada por los primeros cristianos sobre  
las ruinas del templo de la *Pulicicia pa-  
tricia*, al cual solo tenian derecho de en-  
trar las mujeres nobles que no pasaban á  
segundas nupcias. Segun tradicion, allí  
enseñó San Agustin la retórica, ántes de  
ir á Milan; y los católicos de Oriente, per-  
seguidos por los iconoclastas, se refugiaron  
allí tambien y le dieron el nombre de *Es-  
cuela de los Griegos*. Esta basílica, que se

1 Xyphil., in Sever., p. 406.

cuenta entre las que conservan mejor las formas primitivas, fué restaurada en 772 por el papa Adriano I, y en 858 por el papa Nicolás I.

Ademas, su precioso adorno es la imagen de la Santa Virgen, que fué traída de Oriente con el fin de sustraerla á los ultrajes del emperador iconoclasta Leon el Isaurio. A juicio de los conocedores, esta obra maestra de la pintura bizantina, es tan bella, que Roma no tiene otra igual. Está colocada detras del altar mayor, y tiene una famosa inscripcion en griego, cuyo significado en español, es: «Madre de Dios, siempre virgen.» Bajo el coro está una cripta primitiva, á la cual se baja por dos escaleras. La antigua inscripcion indica que allí se conserva el cuerpo de Santa Cirila, hija del emperador Décio. *Beata Cyrillea virgy, et M. filia Decii.* Los agiógrafos piensan, sin embargo, que la ilustre mártir era solamente, una liberta de la emperatriz, mujer del perseguidor. Como quiera que sea, todos los peregrinos se apresuran á besar la piedra en que fué inmolada la inocente víctima. Esta piedra puede tener tres pies de longitud, dos de anchura, y cuatro pulgadas de espesor. Doscientos mártires de todas edades, sexos y países, forman el augusto cortejo de la Santa Virgen en Santa María *in Cosmedin* 1. Les dimos gracias con efusion por haber librado con su sangre al mundo, de las atrocidades paganas, y volvimos á entrar para analizar las impresiones y los recuerdos de aquella interesante jornada.

1 Constanzi, t. II, p. 44; Mazzol., t. VI, p. 136.

### 30 DE DICIEMBRE.

Monte Aventino.—Recuerdos paganos.—Recuerdos cristianos.—Iglesia de Santa Prisca.—De Santa Sabina.—Historia.—Mosáico.—Santo Domingo; su naranjo.—Iglesia de San Alejo.—Historia.—Priorato de Malta.—Vista de Roma.—El Monte Testaccio.—Orden extravagante de Heliogábalo.

Atravesando una parte de las regiones visitadas la víspera, y sin mirar ni á derecha ni á izquierda, temiendo detenernos todavía, llegamos á buena hora al pié del Aventino. Por una calle estrecha, pedregosa, sin pavimento, subimos por el lado del Tíber los flancos escarpados de la colina; los recuerdos surgian de todas partes. A la izquierda dejábamos el antro de Caco, el famoso ó el fabuloso bandido que fué muerto por Hércules, á quien le habia robado sus bueyes 1; delante de nosotros se presentaban los baños de Décio y de Heliogábalo, tristemente célebres por los nombres y los hechos que recuerdan 2; la casa de Vitelio, que excitó el furor de los romanos 3; el templo infame de la buena Diosa 4, el de Minerva, á donde se reunian los comediantes y los poetas 5; el de la Libertad con su *Tabularium*, que contenia el código penal para las vestales infieles 6. A esta página desfigurada de la historia profana, sucedieron muy pronto los títulos mejor conservados de nuestras glorias cristianas. Aquí habitaron Santa Marcela y Santa Silvia, esas dos ilustres matronas, de las cuales la primera ocupa un lugar tan glorioso en los escritos de San Jerónimo 7; y la segunda en la vida

1 Virgil., lib. VIII.

2 Cassiod., *in Croni.* Lamprid., *in Heliogab.*

3 Tacit. *Hist.* lib. III.

4 Ovid., *Fast.*, lib. V.

5 Festus *in Scribas.*

6 Tit-Liv., *Decad.* V. lib. V; Festus, lib. V.

7 *Epist.* 54, *ad Desider.*

de San Gregorio Magno, digno hijo de tal madre.

Hasta aquí habíamos vivido con recuerdos; por fin, comenzó la realidad. La iglesia de *Santa Prisca* nos abrió sus puertas y sus tesoros de antigüedades. Está cerca del templo de *Diana* y de la *Fuente de los Faunos*, y se levanta en el mismo lugar ocupado por la casa de la ilustre mártir. San Pedro recibió en ella frecuentemente la hospitalidad, gracias á dos neófitos judíos de nacion, Aquila y Priscila, vinculados tal vez con la familia consular de Santa Prisca. Esta jóven virgen tenia trece años de edad, cuando fué bautizada por el apóstol mismo en la morada paternal. Denunciada ante el emperador Claudio, fué conducida al templo de Apolo, para que sacrificase á los ídolos. Se negó á ello, y el juez la mandó azotar cruelmente, y en seguida llevar á una estrecha prision. Conducida por segunda vez al tribunal, mostró la misma firmeza, de suerte que el tirano, encendido en furor, mandó verter sobre su cabeza aceite hirviendo y que la precipitaran á un negro calabozo, de donde salió para ser entregada á las fieras; pero el leon que debia devorarla, se dejó caer respetuosamente á sus piés. Este espectáculo no pudo conmover á los verdugos, y sometieron á la jóven virgen á los tormentos del potro, del fuego y del hambre, hasta que por fin, dióles vergüenza el ser vencidos por una niña y la arrastraron á la vía de Ostia, en donde la cortaron la cabeza, á tres millas de Roma 1; Santa Prisca es mirada como la protomártir del Occidente 2. Así, la primera sangre regeneradora que corrió en la vieja Roma, fué una sangre romana, una sangre ilustre, una sangre virginal!

En la cripta se guarda preciosamente

1 Baron, *Annot. ad Martyrol.*; Martinelli, *Primo Trofeo della Croce*, c. XVIII.

2 Mazz., t. VI, p. 269.

el vaso con que San Pedro administraba el bautismo. La iglesia restaurada por los papas Adriano I en 772, y Calixto II en 1455, conserva una antigua inscripcion que recuerda sumariamente los hechos que acabo de referir 1.

Una sangre no ménos ilustre purificó el lugar largo tiempo manchado por el templo de Juno *Regina*. Esta sangre fué la de Santa Sabina, martirizada en la casa de sus padres. Confiada á los cuidados de una aya cristiana, recibió Sabina el bautismo, hizo un rico matrimonio y fué arrestada luego por cristiana. Elpidio fué á interrogarla por orden de Adriano: «¿No sois vos Sabina, la ilustre por vuestro nacimiento y por vuestro matrimonio?» 2 «Sí, yo soy, pero doy gracias á Jesucristo, que por medio de su sierva Serapia, me ha librado de la esclavitud del demonio.» No preguntó más el juez, y despues de hacerla sufrir mil tormentos, mandó cortar la cabeza de aquella noble acusada. Sus hermanos en la fe, que se apresuraron á levantar un oratorio sobre su tumba en el *Pagus Vindicianus*, tuvieron cuidado de no olvidar el teatro mismo de su triunfo. En 425, un virtuoso sacerdote llamado Pedro, ilirico de origen, edificó allí una iglesia. La inscripcion siguiente recuerda la memoria del caritativo fundador: «Rico para los pobres, pobre para consigo mismo, que despreciando los bienes de la vida presente, mereció esperar la vida futura. *Pavperibus locuples, sibi pavper, qui bona vite presentis fugiens, meruit sperare*

1 Montis Aventini nunc facta est gloria major Unius veri religionis Dei:

Præcipue ob Priscæ quod cernis, nobile Templum Quod prisce merito par sibi nomen habet. Nam Petrus id coluit, populos dum sæpe doceret, Dum faceret magno sacraque sæpe Deo, Dum quos Faunorum fontis deceperat error Hic melius sacra purificaret aqua.

Véase Foggino, p. 285.

2 Tunc es illa Sabina et genere et matrimonio nobilissima?